

Narciso Bassols:

el intelectual que impulsó al Politécnico

CLAUDIA VILLALOBOS

En la historia educativa de México, muchas ocasiones sólo se mencionan con solemnidad los nombres de los fundadores; sin embargo, hay otros personajes sin los que la arquitectura educativa del país no sería la misma. Narciso Bassols García pertenece a esta segunda estirpe, ya que era discreto, pero firme y visionario. Su legado es tan profundo que, aunque muchas veces se recuerde más a los ejecutores que a los ideólogos, su pensamiento está tatuado en la esencia del Instituto Politécnico Nacional (IPN).

Narciso Bassols nació en Tenango del Valle en 1897 y creció en un país que necesitaba urgentemente transformarse. Desde joven mostró una inclinación por el debate intelectual y la justicia social.

Fue abogado, maestro y político, quien cuestionaba los modelos educativos rígidos y excluyentes, y se inclinaba por proponer alternativas audaces y casi revolucionarias para su época.





Su paso por la Secretaría de Educación Pública (SEP), de 1931 a 1934, fue breve pero intenso por sus avances indiscutibles. Ahí, sembró la semilla de uno de los proyectos más ambiciosos del México posrevolucionario: un sistema educativo capaz de formar técnicos, científicos y obreros calificados para un país que aspiraba a industrializarse.

En medio del torbellino político de los años treinta, Bassols entendió con claridad que México no podría sostener un desarrollo equitativo si seguía importando tecnología, maquinaria y mano de obra especializada. Tenía la firme convicción de que era indispensable formar cuadros técnicos propios, jóvenes provenientes de sectores populares, capaces de transformar los talleres, los laboratorios y las fábricas del país. Aquel diagnóstico, tan simple como poderoso, fue el que dio origen al proyecto del Instituto Politécnico Nacional.

La historia suele atribuir la creación del IPN principalmente a la visión del presidente Lázaro Cárdenas, al empuje de Juan de Dios Bátiz y a la estructura organizativa de Luis Enrique Erro; pero detrás de ellos, casi como una sombra lú-

cida, se encuentra Narciso Bassols, quien diseñó el modelo educativo que serviría de base al futuro Politécnico, estructurado a partir de una educación científica y técnica, gratuita, popular, estrechamente vinculada a las necesidades industriales de la nación y profundamente comprometida con la movilidad social.

Desde su función como secretario de Educación Pública, Bassols impulsó una serie de reformas que abrieron camino al nuevo modelo, ya que trabajó en la reorganización de la enseñanza industrial, promovió la creación de escuelas nocturnas para trabajadores, fortaleció los estudios técnicos e impulsó la formación de ciudadanos críticos, solidarios y libres de dogmas. Esa visión era radical para algunos, incómoda para otros, pero, sin duda, fue esa ideología la que permitió imaginar un proyecto como el Politécnico.

En 1932, Bassols presentó un proyecto para reorganizar la educación técnica, el cual planteaba integrar y ampliar las escuelas industriales existentes y elevar los niveles de especialización para atender las demandas reales del aparato productivo. Esa propuesta

”

La arquitectura intelectual de formar técnicos y modernizar la educación nació en la mente de Bassols



servió de andamiaje conceptual para lo que, años después, bajo el gobierno cardenista, se consolidaría como el Instituto Politécnico Nacional.

No obstante que Juan de Dios Bátiz implementó el plan y Lázaro Cárdenas lo convirtió en política de Estado, la arquitectura intelectual de formar técnicos y modernizar la educación nació en la mente de Bassols.

Además de ser técnica, su aportación fue profundamente política, porque defendía la idea de que la educación debía estar al servicio del pueblo y que su misión era democratizar el acceso al conocimiento.

Para Bassols el Politécnico, lejos de ser una institución elitista, debería de ser una casa de estudios abierta a los hijos de obreros y campesinos que serviría para romper con la herencia de desigualdad del porfiriato. Su convicción era tan firme que, incluso después de terminar su gestión en la SEP, continuó impulsando la idea de una educación transformadora.

Por todo ello, el pensamiento de Bassols está en cada taller y en cada laboratorio. Él imaginó un país donde los jóvenes no sólo aprendieran a operar máquinas, sino a comprenderlas, modificarlas y perfeccionarlas. Fue un precursor del ideal "La Técnica al Servicio de la Patria" mucho antes de que se adoptara como lema.

Aunque tuvo otros cargos, incluida su participación en misiones diplomáticas y en la elaboración de políticas fiscales progresistas, nunca abandonó la idea de que México debía construirse a partir de una educación pública fuerte, científica y justa.

Falleció en 1959, dejando detrás una obra intelectual vasta y un legado educativo que no necesita monumentos para hacerse sentir.

Hoy, al caminar por Zacatenco o por Santo Tomás, cuando se escucha el eco de los jóvenes en los pasillos o el chisporroteo de un laboratorio en plena práctica, sigue vivo el espíritu de Narciso Bassols y su huella indeleble, porque, sin su visión el Politécnico sería distinto.

Narciso Bassols fue mucho más que un secretario de Educación, fue un arquitecto del futuro, un ideólogo y un hombre que creyó en el poder transformador de la educación técnica. Su aportación al Politécnico no se mide en edificios ni decretos, sino en la convicción, vigente aún, de que la ciencia y la técnica pueden ser herramientas de justicia social.

Quizá su mayor legado es haber demostrado que la educación puede cambiar un país cuando está hecha para quienes más la necesitan. 

